

ASTIBALIZ



Noviembre

1949



Por Benito Tapia Renedo, O. S. B.

DE la blanca pared de mi celda
 pende un Crucifijo
 de talla gigante,
 en bronce esculpido.
 En su rostro hierático, orante,
 hay algo divino.

ES obra maestra
 de algún monje antiguo;
 un monje de aquellos
 que formaron la escuela de Silos,
 cuyo nombre se pierde, ocultado
 en polvo de siglos.

SOBRE el negro madero descansa
 con su rostro de Dios dolorido,
 con el cuerpo cubierto de heridas,
 con sus labios cárdenos, marchitos,
 resecaos por fuego de fiebres,
 sin vida... con frío.

Asus pies enclavados, la muerte
 les ha dado blancura de lirios.
 Y se abren sus brazos
 en gesto infinito...

EL vidriado cristal de sus ojos
 se reflejan amores y olvidos;
 olvidos de culpas,
 de pecados: los tuyos... los míos.
 ¡Dolores sin quejas,
 amores sin gritos!...

YO estudio y El ora.
 Me mira, le miro;
 en nuestras miradas
 ¡cuántas cosas los dos nos decimos!

Y en nuestra alegría
 y en nuestros suspiros
 palpitan los mismos anhelos
 e inquietudes por los redimidos.

HABLAMOS sin habla,
 arrobados, fuera del sentido.
 Me expone sus planes, sus quejas;
 mis penas le digo;
 y en dolor y en amor por las almas,
 unidos vivimos.

AN día me abraza,
 y me dice, callado, al oído

(Continúa en la 3.ª página de la cubierta).

SUMARIO

- ACTUALIDAD.—Meditación otoñal, por Benito Tapia, O. S. B.
 SAGRADA LITURGIA.—Parroquia y Liturgia. Comunidad y familia, por José Dz. de Tuesta, O. S. B.
 VIDA CRISTIANA.—Dos cartas en el aniversario de una Madre, por Tihamér Tóth.—El sauce y el ciprés, por F. Balart.—El Crucifijo de mi celda, por B. Tapia Renedo, O. S. B.—¡Y yo estaré muerto!, por J. Alarcón, S. J.
 NOTAS ALAVESAS.—Se da colación. Novela que parece historia, por Patricio Elósegui. Pbro.
 RELATOS EJEMPLARES.—Misteriosa lluvia de pétalos de rosa, por T. Renedo.
 CRONICA DE ESTIBALIZ.—BIBLIOGRAFIA.

ESTIBALIZ

REVISTA MARIANO - LITÚRGICA

AÑO VIII

ES

Noviembre 1949

ES

Número 11

Meditación otoñal



STAMOS en otoño, la estación de las soledades añorantes, de las ilusiones que se van, de las despedidas y ausencias de la naturaleza.

Al transitar por el bosque del Cerro--en los paseos de estos atardeceres borrosos-- el paisaje nos parece un muerto que van a enterrar. El cielo plumizo en agonía de sombras, el suelo agrietado, amarillento, los árboles, con sus ramas desnudas -color tierra- cortando la lejanía como esqueletos en cruz. Y el viento aterido de la tarde, arremolinando las hojas secas junto al sendero o levantándolas en confuso remolino, con un siseo doliente, quejumbroso, que simula notas de una canción doliente de la primavera ya pasada, que se fué y no volverá.

Estos despojos de la naturaleza nos impresionan profundamente y envuelven nuestra alma en una agridulce melancolía, en una inefable pena por las cosas que fenecen, por la vida que se ausenta. Es que sentimos que también en nuestra vida íntima hay sacudidas otoñales y ausencias lacerantes; hay largos quejidos de brisas congeladas y caer de hojas secas como en la arboleda:

"Hojas del árbol caídas,--Juguete del viento son;
Las ilusiones perdidas...---¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazón".

Amistades de los años de juventud, en que el sol de nuestra vida se sonreía sobre un cielo azul, surcado por las aves canoras de la ilusión; amistades tan suaves, tan acogedoras que parecían eternas. Vino el otoño de la muerte, del alejamiento, de la prueba o de la indiferencia, y se apagaron levemente, como se extingue levemente el día al declinar la tarde. Hojas caídas del árbol del corazón.

Decepciones constantes que vivimos día tras día en los que nos rodean, y que enlutan las doradas mieles de nuestro trabajo, de nuestro entusiasmo, de nuestro celo, de nuestra abnegación... Hojas caídas del árbol de nuestra vida.

Resoluciones de santidad, resfriadas al contacto con el hielo de la rutina diaria; propósitos de piedad, formulados con todo fervor y sinceridad, y abandonados después por pereza, por flojedad... Hojas caídas del árbol de nuestra alma.

La desilusión nos acecha en todas las encrucijadas de la vida.

"Todo el mundo es otoño: corazones sombríos
con un hambre insaciable de soñar y creer;
corazones llagados de mortales hastíos;

corazones desiertos..., ¡palomares vacíos
de las blancas palomas que anidaron ayer!

¿Para qué amar las cosas? ¿Para qué amar las rosas
y los dulces rumores y las bocas graciosas,
que nos dicen promesas que jamás nos darán?
¿Para qué amar las cosas si las cosas se van?"



...«Por aquel hijo amadísimo, muerto
en la primavera de su vida»...

¡Pobre corazón humano,
que estás solo y sin flores,
con los ramos caídos y las
ramas sin nidos! No llores
sin esperanza. En estas des-
ilusiones vividas aprende
la ciencia de saber esperar,
porque tras la tarde oto-
ñal de esta vida estás des-
tinado a florecer en una pri-
mavera eterna, donde no
habrá despojos de tormen-
tas, ni ausencias lacerantes.
"Occido cum sole!". Te
pondrás como el sol; pero
también como el sol brilla-
rás de nuevo en un día de
felicidad sin fin.

El mes de noviembre es
además el mes de las añoranzas espirituales, de los recuerdos
de un mundo mejor donde viven los eternos ausentes, en amor,
en esperanza, en dolor: cielo, purgatorio, infierno. Es el mes de
recordar, sobre todo, a los que sufren en una esperanza dolorosa
y amorosa, y a quienes podemos ayudar con nuestros sacrificios
y oraciones, con el deber diario cumplido sin claudicaciones ni
debilidades.

Este es el único refrigerio que les ayuda, no las coronas
de flores, ni las pompas fúnebres. Hay quienes rodean las tum-
bas de sus difuntos de rosas, pero no dejan caer ni una siempre-
viva de oraciones en el cáliz de fuego de sus almas atorment-
tadas. Tal vez, a muchos de estos que ven sus tumbas tan
magníficamente florecidas, se les puede aplicar aquella frase espe-
luznante de San Agustín: "Son honrados donde no están y que-
mados donde están".

Debemos recordar e impetrar por todas las benditas almas,
pero particularmente por las de nuestros parientes y allegados.
Por aquella madre queridísima, que, quizás, sufre por nuestro
mismo cariño, porque nos amó demasiado y perdonó con exce-
siva facilidad nuestras faltas. Por aquel padre inolvidable, que,
tal vez, gime por los excesos cometidos en amontonar bienes y
hacienda para nosotros, con detrimento de la caridad y la jus-
ticia. Por aquel hijo, acaso el único y amadísimo; por aquella
hija--la mitad del alma de la madre-- que murió adolescente en
plena y floreciente primavera.

"¡Madre mía!--exclaman--. Tú que tanto lloraste por mí;
tú que tanto me quisiste en el mundo, mira que estoy padeciendo
insufribles penas... Con poco sacrificio puedes ayudarme.. Una
limosna, una Misa, una oración... ¿Serás insensible a mis tor-
mentos?... Algún día tú también vendrás a este lugar de dolores;
y si yo entonces estoy en el Cielo, emplearé todo mi valimiento
para librarte".



Comunidad y Familia



POCAS verdades tan olvidadas prácticamente entre los fieles cristianos como ésta: La Parroquia es una Comunidad, la Parroquia es una Familia. Para darse cuenta de la realidad de tan lamentable olvido, bastaría asistir, por ejemplo, a una Misa dominical en uno de nuestros pueblos. Mejor todavía a la entrada o a la salida de esta Misa.

Es un día plomizo de otoño. Sopla un cierzo cortante que nos trae los primeros aldabonazos del invierno. Algunos rayos de sol rasgan tímidamente el velo de las nubes y penetran hasta el pórtico de nuestra iglesia. Ha terminado la Misa mayor. Los hombres y los jóvenes, los primeros en salir, forman sus corros y charlan animadamente. Las mujeres van desfilando hacia sus casas en grupos o solitarias, tardando más o menos en llegar según la abundancia de noticias. Luego vienen las jóvenes y los niños luciendo sus colores domingueros y comentando sus pequeños o grandes problemas del día y la semana. En resumen, por allí ha desfilado todo el pueblo, toda esa Parroquia ejemplar, o que así lo parece al menos, porque nadie ha faltado a Misa. Más aún: han cantado a coro una solemne misa "de Angelis", han oído atentamente su homilía, y hasta se han acercado a la comunión unas cuantas devotas. ¿Qué más se puede pedir de una Parroquia? A mi parecer sólo una cosa, pero la más importante de todas: **ESPIRITU DE FAMILIA.**

Se ha ido a la iglesia para oír Misa. Perfectamente. Se ha ido para cumplir un precepto de la Iglesia, que obliga bajo pena de muerte en el alma. Nada más lógico y natural. Allí se han juntado todos los vecinos del pueblo, chicos y grandes, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres. Pero, en realidad ¿se han sentido unidos en la intimidad del templo por algún lazo de caridad, de mutua hermandad, como si por todos ellos corriera una misma sangre, como si todos se hallasen reunidos bajo el techo de su propia casa, sentados alrededor de una misma mesa en un acto de familia? Estoy seguro que a nadie de los allí presentes se le ha ocurrido semejante idea. Y la prueba es que, al entrar y al salir de la iglesia, se ha hablado mucho, se han hecho comentarios en los corrillos. ¿Pero en torno a qué? El tiempo, el campo,

la cosecha, la siembra, el fulano, el mengano, y hasta algo de política. ¿Se ha tocado algún tema de interés para todos, o para algún miembro pobre o necesitado de la comunidad, algo que indique que los allí reunidos se sienten miembros de un mismo cuerpo, de un organismo vivo, de una comunidad viviente que es la Parroquia? Más bien todo lo contrario. Cada uno demuestra vivir en un mundo suyo, completamente indiferente a los demás, cuando no enemigo solapado o abierto. Si se han juntado en el templo tantos hombres y mujeres en aquel momento, ha sido de una manera puramente externa y superficial, para cumplir con un deber individual, con una devoción particular a lo sumo, no porque los una ningún problema común, y mucho menos porque se sientan hermanos, hijos de un mismo Padre y miembros de una sola familia. Me atrevería a decir, por tanto, que allí no hay Parroquia, a pesar de que externamente aparezca concurrida y ejemplar. Esto es evidente: la Parroquia debe ser esencialmente familia, y hemos visto que en aquella reunión nadie tenía conciencia de formar parte de una familia.

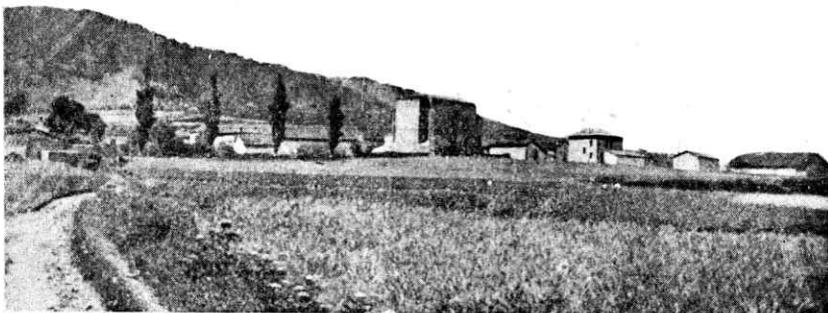
¿Qué distintas aquellas primitivas cristiandades, que cuando se reunían era para demostrar a todo el mundo que no tenían más que **"una sola alma y un solo corazón"**, hasta el punto de que los mismos paganos les señalasen con el dedo y con aquella elocuente frase: **"¡Mirad cómo se aman!"** ¡Con qué lógica y espontaneidad se ponían después a cantar "cánticos e himnos espirituales" en honor de Dios, sin largos ensayos ni horas de preparación, sin extensos conocimientos de solfeo... y cómo toda la moral cristiana fluía naturalmente, como el aroma de las flores, de aquellas reuniones inflamadas de caridad!

Es, pues, base de toda labor de apostolado la creación de un espíritu de familia en torno a la Parroquia. Lo pide la noción misma de Parroquia. Lo pide el auténtico cristianismo, tal como lo vemos practicado entre los cristianos de los primeros siglos, y lo pide también hasta el mismo éxito externo de todas esas prácticas que se conservan aún en el pueblo y que para ser duraderas es necesario que se apoyen en sólidos fundamentos. Sólo así podrán resistir el empuje de los vientos contrarios cuando estos soplen amenazadores y subversivos.

Ahora bien, para llegar a formar este espíritu entre los fieles, es necesario insistir mucho en estas ideas fundamentales: **La Parroquia es una Iglesia en pequeño: la Parroquia es un organismo vivo: la Parroquia es una familia.** Como todo organismo, consta de cabeza, de cuerpo y de miembros. La cabeza es el mismo Jesucristo, con su representante visible en el Párroco-sacerdote, el cuerpo es la comunidad de los fieles, y los miembros son cada uno de ellos. Como familia, ha de tener su Padre, que no es otro que el mismo Párroco; su madre, que es la Parroquia; y sus hijos, que son todos y cada uno de los fieles. Y estas no son meras imágenes y comparaciones piadosas, sino verdaderas realidades que se deducen de la naturaleza misma de la Iglesia y de las palabras con que nos la presenta el mismo Jesucristo y los Apóstoles. Pero estos temas los iremos estudiando más despacio.

JOSE DIAZ DE TUESTA, O. S. B.

(Continuará)



«Llegaron a la aldea: catorce o quince casas sobre una esplanada, separadas por huertas y eras y en medio la Iglesia».

Se da colación

Novela que parece historia

(Continuación)

LLEGO el día de Año Viejo, y en el correo de la tarde se apeó nuestro buen tendero en la estación de Alegría de Alava. Recibimiento, abrazos y camino de la aldea. Al pasar por las calles de Alegría, llama la atención del forastero la gigantesca torre de la parroquia. Mas, para el riojano, nada existe que sobrepase a lo de su pueblo—una parroquia riojana—, ciertamente bellísima, con preciosa torre, pero no de tanta altura. Baldomero, para expresar su extrañeza, ante lo que veía exclama: —¡Qué torre!... ¡Estoy por decir que es tan alta como la de mi pueblo!

Y llegaron a la aldea. Catorce o quince casas sobre una esplanada, muy llana, separadas por huertas y eras, y en medio la Iglesia. ¡Qué pequeño le parece todo!—¿Con quién hablarán aquí? se decía. ¡Estos habitantes vivirán como los frailes!

Entraron en la casona del Diputado. La señora hizo los honores del recibimiento; y comenzó enseñando al huésped los departamentos de su lujosa casa. A cada cosa que veía el forastero hacía este comentario: —¡Como en casa de don Galo!

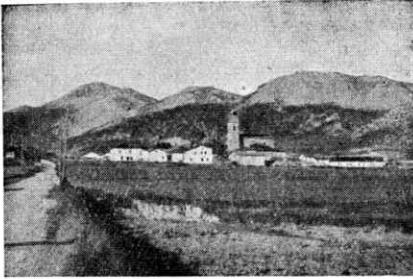
Preséntase el señor Cura a saludar al viajero y dar aviso de las horas de la Comunión y de la Santa Misa de Año Nuevo.

—¿Usted es el Cura mayor?, pregunta el huésped.

—El mayor... y el menor. Aquí como mayor, y en el pueblo próximo, a donde tengo que ir a celebrar los días festivos, el menor.

Después del rezo del Santo Rosario y la cena de la Noche Vieja, típica en Alava, se retiran a descansar, para ver al día siguiente la luz del Año Nuevo. Llega la hora de la Misa. —Me gustaría subir al coro, manifiesta Baldomero.

—No hay inconveniente, repone el Diputado. Y aquí sí que fué la admiración del riojano. Un grupo de jóvenes y viejos se acercan al Misal, que se halla en el facistol. Todos miran atentos al sagrado Libro. Una voz entona el "PUER NATUS EST NOBIS", todos le siguen leyendo y cantando, atentos como a cosa muy estudiada, y dando una solemnidad que le tiene loco al riojano, quien no puede explicarse cómo saben todos aquellos latines. Y cuando un señor de bastante edad se aproxima al Libro y principia a cantar la Epístola, el asombrado comerciante dice para sus adentros: —Pero ¿qué es esto? ¡Si le dá una entonación y lo hace tan bien como los curas! Le faltó tiempo, al salir, para comunicar al amigo sus impresiones: —¿Pero aquí han estudiado todos para curas? Allí no sabemos esas cosas, como que si un día el Ayuntamiento deja de pagar lo que paga por servi-



«Al pasar por las calles de Alegría, llama la atención del forastero la gigantesca torre de la parroquia».

—Dos señores que tocan unos instrumentos, sin cuyo acompañamiento, dicen que no sabrían cantar los curas en aquellos grandes libretos que tienen en el coro. Paga al enterrador, al campanero, al empinador.

—Explicame eso.

—Un cuarto de hora antes de echar a vuelo las campanas, han de sonar todas las que se van a tocar, y así quedan preparadas para que al punto de la hora principie el bandedo: desde entonces, ya se sabe qué fiesta es, qué función y de qué clase se va a celebrar, si hay Misa de tres, sermón, etc. Y algunos dicen que conocen en eso hasta el color de los ornamentos.

Tomó buena nota el Diputado de todo y advirtió al riojano:

—Mira, aquí no hay que gastar ni un céntimo en esos servicios; el coro ya le has apreciado. Nombramos un mayordomo de renque, como aquí decimos, es decir, por orden cada año; y él se entiende para arreglar todo lo de la sacristía, lámpara, campanas, etcétera. Y todos contentos.

Por la tarde de aquel día de Año Nuevo, invitó el Diputado a sus convecinos para probar el vino "de la de trescientas", que el riojano había mandado antes de salir de su pueblo. La sesión fué animada y cordial; se habló de todo, manifestando los de aquí y el de allí la manera de ser y costumbres de cada país. El Riojano, que era de buen talento natural sacó esta conclusión: "A mi ver, vosotros buscáis siempre la paz, nosotros la justicia, aunque a veces tenemos el inconveniente de que la tomamos por nuestra mano".

Don Vicente que esto oyó, se levanta de su silla y dirigiéndose a Baldomero le abraza con entusiasmo y exclama: —Dicen los Libros Santos que la Justicia y la Paz se abrazaron. Aplausos entre los de la tierra llana y lágrimas del riojano que no sabía lo que le pasaba. Afable despedida y manifestación del riojano de que tenía que partir al día siguiente. —Eso no, dijo don Vicente, tú me preparaste una visita devota al Santísimo Cristo, cuya impresión quedó en mí imborrable; yo te invito a visitar a la Virgen de Estibaliz, que es—aunque vosotros los riojanos no lo sepáis—, Patrona vuestra y nuestra: es decir, de toda la provincia. Estamos cerca, y, si el tiempo lo permite, visitaremos mañana a nuestra Madre y Abogada.

—No puedo negarme a ello, afirma Baldomero; además yo quisiera comulgar allí, si hay confesores.

PATRICIO ELOSEGUI, Pbro.

(Continuó)

cios de Iglesia, se encontrarán los Sacerdotes solos.

Como al Diputado le interesaba mucho ese punto, que era uno de los motivos que le llevó a recoger informes a la Rioja, pidió datos sobre el particular, que el de Rioja, pronto y bien mandado, se los dió en esta forma: —Pues verás: el Ayuntamiento paga al sacristán, al organista, al entonador.

—¿Qué es eso?

—El follero del órgano. Paga a dos bajonistas.

—¿Y eso?



Dos cartas en el aniversario de una madre

MA

ARIA y Margarita—dos mujeres de alma cálida, de sentimientos profundos—quedaron sin madre. Las dos hermanas se vieron obligadas a separarse por los azares de la vida; y para consolarse en su mutua desgracia se escribían con frecuencia. Copiamos dos de sus cartas.

"Mi amada María:

"Acabamos de llegar con Juan del cementerio, donde fuimos para llevar a la tumba de la pobre mamá, en nombre nuestro y en nombre tuyo, dos hermosas macetas de blancos crisantemos. Hicimos lo que nos permitía nuestra pobreza. Tú podrás encender en casa un cirio y rezar por ella y por papá y por José y por las demás almas buenas que nos precedieron en el camino de la patria eterna.

"¿Dónde estaremos nosotras dentro de cien años?... Para entonces habrá ya nuevas caras, nuevos hombres en la tierra; sólo de vez en cuando algún rasgo, alguna mirada o algún gesto que recordarán al niño que hoy juguetea en nuestro regazo. La humanidad fluye como un gran río hacia otro mundo; pero este mundo es tan "otro", que resbala a nuestra capacidad humana. ¿Cómo podría la raíz o el grano que germina en la tierra húmeda, imaginarse el mundo lleno de luz y calor en que se mece la espiga y la flor? ¿Y cómo podría imaginarse que él florecía en ese mundo, y que se vestiría de colores y fragancia y que daría fruto? Eso es lo que yo también quiero hacer en el otro mundo **dar fruto**. Yo no anhelo descanso eterno sino **actividad eterna**. En mi esquelita mortuoria habéis de desearme, junto a la luz eterna, trabajo eterno. Y no cortéis flores para mí, sino rezad por mí y hacer celebrar Misas en sufragio de mi alma.

"¿Cuán lejos he volado con mis pensamientos! Quería decirte que en la tumba de la buena mamá están también tus flores. Seamos, hermana mía, dignas de su memoria teniendo paciencia, aceptando los males que nos visiten, perdonando... amando... ¡Pasa tan aprisa esta vida terrena! Pronto nos encontraremos todos en una forma más dichosa, espiritualizada, no sujeta a enfermedades corporales...".

Aquí termina la primera carta.



El sauce y el ciprés



I
I de luto la muerte
un pecho llena,
lo que dura la vida
dura la pena.

Recibe resignado
la que hoy te aflije;
los hombres las merecen;
Dios las elige.

Por más que nos amarguen,
todas son buenas:
¡a ser de nuestro gusto
no fueran penas!

II

CUANDO vierte la tarde
sombra y misterio,
penetro en el recinto
del cementerio.

Allí, donde perpetua
reina la calma,
silenciosos y tristes
hablan al alma
el sauces, cuyas hojas
besan el suelo,
y el ciprés, cuya punta
señala el cielo.

Allí con mudas voces
a su manera,
el uno dice: --"¡Llora!",
y el otro: "¡Espera!".

III

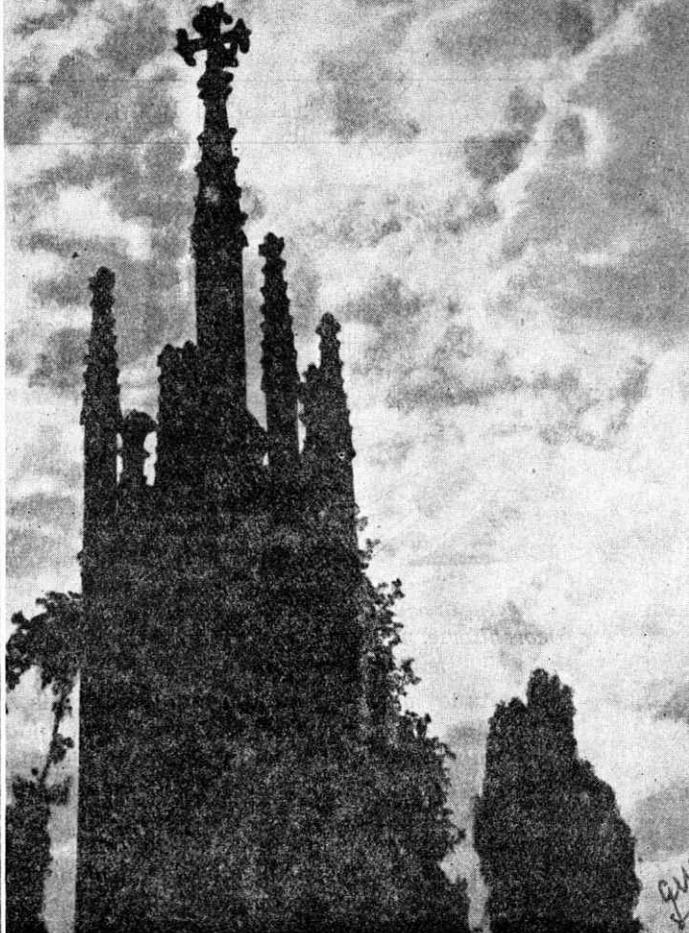
DICE el sauce: --"Este suelo
duro y helado
para siempre te roba
lo que has amado.

Aquel ser dulce y bueno
que tu alma llora,
de polvo fué formado;
polvo es ahora.

Ya, en tus horas de angustia,
con beso ardiente
no se posan sus labios
sobre tu frente.

Ya de aquella mirada
dulce y tranquila
no se filtran los rayos
en tu pupila:
ya son sus bellas manos
yertos despojos;
¡mudos están sus labios,
ciegos sus ojos!





Sueño fueron sus dichas.
¡Ay! ¡Llora! ¡Llora!”.

IV

DICE el ciprés: --“No inclines
la vista al suelo:
¡los ojos y la mente
levanta al cielo!

Lo que esa tierra cubre
fué vil escoria:
hoy, libre de ella, el alma
vive en la gloria.

Vive; y, de tus acciones
mudo testigo,
en tus noches de insomnio
vela contigo.

Si en ruines pensamientos
tu alma se anega,
ella, ante Dios postrada,
por ti le ruega;
y, cuando el bien al cabo
triunfa en tu pecho,

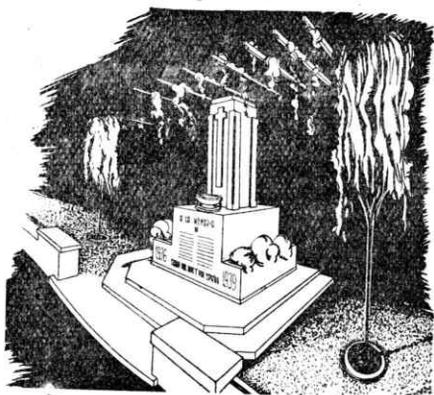
Hombre, eleva los ojos
a la alta esfera:
allí van los que vencen.
¡Espera! ¡Espera!”.

V

D Si, cuando la tarde
desciende en calma,
silenciosos y tristes
hablan al alma
el sauce, cuyas hojas
besan el suelo,
y el ciprés, cuya punta
señala el cielo.

Así con mudas voces,
a su manera,
el uno dice: --“¡Llora!”,
y el otro: --“¡Espera!”.

Y yo que los destinos
de Dios venero,
resignado y humilde
lloro y espero.



«Al eclipsarse esta vida melancólica del marchitarse, nos acogerá en sus brazos la Cruz Redentora»

"resucitado para el cumplimiento de mis deberes, y sólo le pido que me conceda la gracia de poder educar a mis hijos, no hacer mal a nadie, conocer siempre lo que me exigen las circunstancias, la fuerza de los acontecimientos, cumplir con mis obligaciones.

"Más vale que los hijos se eduquen en pobreza, para amar el trabajo y la sobriedad, que no en bienestar, para fomentar el egoísmo y el deseo de comodidades y goces.

"Yo, por mi parte, procuro aceptar con gran paz interior todo cuanto sucede, dar gracias a Dios por cualquier alegría insignificante. Ahora me encuentro mucho más dichosa que cuando quería realizar "mi propia voluntad", o quería prescribir a Dios mi destino, "exigiéndole que me ayudara"; pero imponiéndole la manera y el modo de ayudarme.

"Me salvó de la pulmonía y me envió una enfermedad de estómago. Mi afición era pintar y me redujo a la pobreza, que me obligó a ganarme el sustento con mi trabajo".

Aquí cerramos la citada.

* * *

Durante este mes de noviembre caen flores y arden velas en las tumbas de todo el mundo, y con su luz suave nos traen consuelo de la oscuridad dolorosa del reino de la muerte.

¡Ojalá que también a todos los hijos, la ausencia de los seres queridos, les dicte semejantes lecciones de renovación espiritual.

* * *

Y si así lo hicieran, al eclipsarse esta vida melancólica del marchitarse y del perecer, se levantaría consoladora a su lado la Cruz triunfadora de Cristo.

"Se marchita la rosa; cae la hoja... Abrazando una tumba, solloza una madre. Se encienden las estrellas y aparece la luna... y allá arriba en el árbol de la Cruz, el viento susurra: "Se abre la rosa; brota de nuevo la hoja". (Juan Vajda).

Voy a copiar unas líneas de la contestación que le envió su hermana.

"Perecer, perecer... Pronto o tarde todo perece, así lo agradable como lo que duele. Los niños crecen, nosotros vamos desapareciendo; después son los niños los que empiezan a envejecer y pasar al silencio. No vale la pena de preocuparnos de nuestras comodidades, de nuestras cosas. No son eternas no podemos llevarlas con nosotros.

"Yo hace tiempo que "he

Misteriosa lluvia

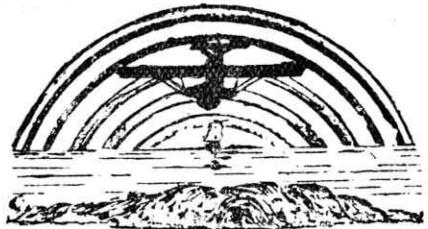


de pétalos de rosa



T AMBIEN ante esta prodigiosa Virgen filipina han llegado en mensaje de amor y veneración muchos españoles, representación simbólica del alma patria, siempre católica, siempre mariana. Una de las visitas más prestigiosas, fué la del doctor Blanco Soler, eminencia médica, que tuvo una emocionante entrevista con la vidente en febrero del presente año.

El señor Soler había sido informado por una doctora, al salir del Hospital General de Manila, de este llover misterioso de pétalos de rosa. Admirado del bello prodigio, quiere comprobarlo por sí mismo. El presidente de la República le ofrece gentilmente su avión particular, y en él se traslada—acompañado de tres Dominicos españoles—al lugar del milagro. Son las cinco de la mañana, y ya el avión se balancea sobre el paisaje filipino, recortándose su destumbrante silueta niquelada en las transparencias azuladas de un cielo terso. A las seis y media el aparato toma tierra y los viajeros suben a un coche. El calor es sofocante y el automóvil se desliza raudo sobre una carretera polvorienta, bordeada de sencillas casucas de nipa, semejantes a palafitos anegados en medio de un mar de sol tropical. Llegan a Lipa. Obtenido el permiso de las autoridades eclesiásticas para poder conferenciar con la extraordinaria monjita, se encaminan al convento carmelitano, construido de materiales primitivos, sobre un otero pelado, sin vegetación.



«El avión se balancea sobre el paisaje filipino, recortándose su silueta niquelada sobre un cielo terso».

Un toque de campana y unas palabras de salutación, recogidas tras celosías claustrales. Los viajeros son invitados, con amabilidad carmelitana, a entrar en un modesto recibidor, donde les espera la Madre Priora: una monja de estilo teresiano, que tiene un hablar limpio y cadencioso, con sonoridades abulenses.

La Madre les refiere detalladamente el curso de las apariciones.

—“Al comenzar—dice—estos hechos maravillosos, nuestra Comunidad constaba de dieciséis hermanas, doce de ellas profesas y todas de nacionalidad filipina. Entre las aspirantes había una jovencita: Teresita Castillo, de 21 años, hija del juez Modesto Castillo, antiguo gobernador de la provincia de Batangas. Este se opuso tenazmente a la vocación religiosa de su hija, pero, cuando ella llegó a mayor de edad, abandonó la casa paterna. ¡Algo grande tenía que obrar el Señor en una joven tan intrépida, que se llama Teresa y que presenta una actitud tan heroica para entrar en un convento de la Madre Teresa!

Ingresó el 4 de julio de 1948, y el 12 de septiembre del mismo año comenzaban las apariciones. Estas se han sucedido ininterrumpidamente, casi a



**"¡Rezad todos
los días en fa-
milia el santo
Rosario!"**

digno de rezo. Yo siempre bendeciré a la Comunidad, hija mía".

Y el día 16 de septiembre la volvió a repetir: "Dí a la Madre Priora, que debe recitar el Rosario con la Comunidad, en este lugar, todos los días, por la tarde". El domingo 26 de septiembre, la Señora reiteró sus recomendaciones a la joven novicia: —"Hija mía, ama y obedece a tu Superiora, Dí a las hermanas que practiquen la caridad, la humildad y la sencillez... Siempre bendeciré a la Comunidad mañana y tarde".

Hemos presenciado muchas veces las lluvias de pétalos celestiales. El día 30 de septiembre aparecieron en las celdas. El 3 de octubre, fiesta de Santa Teresita, en las escaleras del Convento, y durante todo el día se multiplicaron en los claustros. El día 11 de noviembre cayeron en las cercanías del Monasterio y fueron recogidos por algunos visitantes. Las últimas lluvias de pétalos ocurrieron el 22 de febrero, fuera del Monasterio, y el 25 de marzo, en el interior del Monasterio.

Ahora la gente acude en inmensa peregrinación de fe a las puertas de nuestro Convento, donde día y noche se reza el Santo Rosario con el fervor característico de este pueblo tan inclinado a lo maravilloso. Aproximadamente cada semana se reúnen más de 100.000 peregrinos de todas las provincias del archipiélago, y la multitud que se congregó para presenciar la ceremonia de la bendición de la primera piedra de la nueva capilla, el día 20 de enero de 1949, se calcula en unas 500.000 personas.

Los pétalos celestiales son codiciados como un verdadero tesoro, y conservados cuidadosamente como un preservativo infalible contra todas las desgracias, sobre todo si llevan estampada la imagen del Señor, de la Virgen o de Santa Teresita.

Actualmente ningún católico filipino duda de la veracidad de estas apari-

diario, hasta el 12 de noviembre. En casi todas ellas la celestial Señora impetró la ayuda espiritual de la Comunidad. El día 14 de septiembre Sor Teresita vió a la Señora en el lugar de costumbre: —"Deseo—le dijo—que este lugar sea bendecido por el Padre Capellán mañana, a la hora que prefiera la Madre Priora". En el momento de la bendición Sor Teresita vió de nuevo a la Señora, quien le insinuó: —"Toma papel y lápiz y escribe lo que voy a decir para la Comunidad: "Hijas mías, os pido que creáis en mí y me guardéis este secreto por algún tiempo. Amáos las unas a las otras como verdaderas hermanas. Venid a visitarme con frecuencia... Recoged los pétalos, hijas mías. Yo os bendigo a todas". Y al desaparecer, quedó el suelo cubierto de pétalos. A las cinco de la tarde del mismo día Sor Teresita oyó en el jardín decir a la Aparición: —"Quiero que se coloque una estatua mía en este lugar. Limpiad esta parte del jardín, para que sea un lugar



“¡Reina y
Corredentora
del mundo!
Bendícenos,
Señora,
bendícenos!”

ciones, y todos esperan un próximo futuro, en que el Santuario de Lipa se convierta en uno de los centros marianos de la piedad mundial, como lo son Lourdes y Fátima”.

Después la Madre Priora calla, creyendo haber satisfecho la piedad de los viajeros; pero éstos quieren hablar con la novicia vidente. Al principio la Superiora amablemente lo rehuye, pero tras un forcejeo de prescripciones y conveniencias espirituales con los Padres Dominicos, manda llamar a Sor Teresa Castillo.

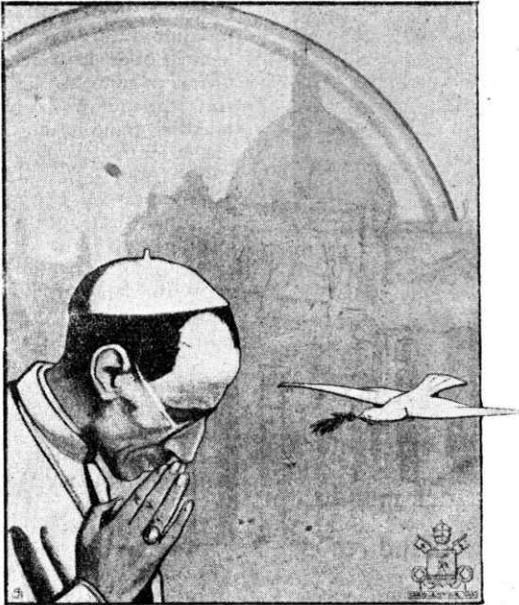
Aparece como una visión del transmundo, como un ángel transfigurado bajo la albuera de sus tocás. Es menudita de cuerpo, pero de espíritu gigante. Sus ojos, acostumbrados a la lejanía de los arrobos,

brillan desde el rosado mirador de su inocencia, oblicuos e ingénuos, en un parpadeo encantador, a veces eclipsados en dulce melancolía, a veces iluminados con una atracción infantil de esas cautivadoras que hicieron exclamar al poeta: “¡Qué pena me dan los hombres que nunca se sienten niños!”.

Sor Teresita saluda a los visitantes con una inclinación entre medrosa e infantil; sonríe con dulzura, y calla en un mutismo de obediencia, acusando sencillamente en su exterior la divina presencia.

La Madre Priora le ordena que hable; y entonces comienza entre ella y los visitantes una conversación encantadora. Les habla en tagalo, con detalles sorprendentes, con acentos admirativos, de las apariciones matinales de la dulce Señora en el jardín; de sus mensajes de paz a este mundo de guerra; de la obligación de hacer penitencia por los delitos humanos y rezar todos los días en familia el Santo Rosario.

Les describe, con el rostro radiante de esperanza, la lluvia prodigiosa de pétalos de rosa y la belleza, espiritual ultraterrena de la Señora. Se le aparece anegada en celestiales reverberos. Tiene sus labios plegados en una oración de éxtasis. Ladea levemente su rostro—inspirador de gracia—en actitud de escuchar todos los ruegos. Sus vestidos son blancos como el lirio de los campos. Un velo de nieve, prendido a su cabeza virginal, desciende en castos pliegues a través de su talle de azucena; y, bajo el velo, salen sus manos rosadas, inclinadas hacia el suelo como dos palomas mensajeras, en un gesto acogedor de súplica, de paz,



*«¡Que la Virgen de Lipa mantenga a España
en la paz de la justicia y de la caridad!»*

de oración. Lleva suspendido de su mano derecha un rosario blanco, de cuentas ta... blancas, tan radiantes como perlas de rocío, como gotas de lágrimas, que estuviesen engarzadas en rayos de sol. Y estas cuentas—fluyen cual chispas de luz—por entre sus dedos virginales.

La humilde novicia hace esta descripción con un recato íntimo, imposible de fingir, porque le nace del corazón; con un recato que hace sonrojar su tez morena y decir los detalles asombrosos con

palabras bajitas, casi imperceptibles como si las pronunciase con el alma.

El Dr. Soler le recuerda su apellido español, de aborigen aragonés; y los Padres Dominicos evocan la memoria de la gran Madre Teresa y encomian su espíritu, su alma ancha y luminosa, fuerte y austera, sin galas ni adornos postizos, como el paisaje de Castilla que la vio nacer. Y la monjita, siempre sonriente, siempre ruborizada, se extasia oyendo hablar de su Madre Fundadora y de su cuna castellana, tierra de santos, donde los pueblecitos son remansos de paz entre trigales y viñedos; donde la vista se pierde en la llanura interminable hasta hundirse en el cielo infinito.

Los visitantes han callado; y, de pronto, Teresa Castillo saca su mano nívea de debajo del escapulario y la desliza a través de la reja del locutorio, mientras musita bajito, como si murmurase una oración: **--En recuerdo de esta visita, les entrego estos pétalos celestiales, para que los lleven como un místico saludo a España, la madre de mi Madre Teresa y mi Madre Patria. ¡Que la Virgen de Lipa mantenga a España en la aurora rosada de una paz imperturbable, paz cimentada en la justicia y en la caridad!**

Cuando termina, tiene los ojos llenos de luz.

Caen las cortinas... Y los viajeros abandonan la mística penumbra de aquel recibidor, en el que se percibe un soplo de fresca, milagrosamente exhalado, en medio de un ambiente tropical.

T. RENEDO.



DEVOCION A LA VIRGEN DE ESTIBALIZ.—He aquí un tema sumamente interesante para quienes desde esta atalaya venimos día tras día y año tras año registrando el termómetro de la espiritualidad del pueblo alavés en torno a su Reina. Las observaciones acusan considerable aumento en piedad y sacrificio.

Factor importante en este resurgimiento son, indudablemente, las diversas Asociaciones que giran en torno a la Cofradía de Santa María de Estíbaliz: La visita Domiciliaria, los Recorridos y la Lámpara Votiva por los enfermos y agonizantes.

La Cofradía cubre con su manto de protección a todos los hogares alaveses.

La Visita Domiciliaria cumple su finalidad manteniendo, fomentando y dilatando en esos mismos hogares la devoción a la Celestial Patrona de la Provincia de Alava, procurando que todos contribuyan al esplendor de su culto en su Santuario.

Los *Recorridos* constituyen un himno triunfal de la Provincia a su Excelsa Patrona y una fuente de renovación e intensificación de la vida mariana en todas las feligresías alavesas.

La Lámpara Votiva es una oración perenne por nuestros hermanos enfermos y agonizantes, para quienes imploramos la misericordia divina, por intercesión de nuestra Madre.

Todas estas manifestaciones de piedad y de amor se compulsan constantemente desde este Santuario, a donde convergen las miradas anhelantes de todos los alaveses, buscando remedio a sus necesidades espirituales y materiales. Y es un hecho altamente consolador que la Virgen de Estíbaliz derrama

a manos llenas en nuestros días sus gracias y protección sobre los que en Ella confían. Constantemente recibimos intimidades de almas que se encontraban en apurada necesidad y han alcanzado lo que pedían. Constantes son también los sacrificios que se imponen otros para conseguir la salud propia, la de un familiar, la de un amigo. Otras veces es una madre que viene a implorar un rayo de luz de la gracia divina para que su hijo no olvide, ni se aparte de las buenas costumbres que ha visto siempre en la familia.

Todo esto y mucho más es una realidad muy consoladora y de honda satisfacción para quienes tienen la misión de velar y fomentar la tradicional devoción hacia nuestra Reina y Patrona, la Virgen de Estíbaliz.

ACCIONES DE GRACIAS.—Dan gracias a la Virgen de Estíbaliz y quieren que conste en esta sección, don Moisés Alvarez de Arcaya y su familia, de Vitoria, por la curación de uno de sus hijos que llevaba tres años postrado en cama.—Doña Dorotea Lz. de Audicana, de Villafranca de Alava, viene a dar gracias y encarga una Misa por haber recobrado la salud.—Doña Celestina García, viene descalza desde Arriaga y encarga una Misa en cumplimiento de una promesa, por haber curado de una larga y penosa enfermedad.—El joven Eugenio Lz. de Arbina, natural de San Román de San Millán, subió descalzo al Santuario desde Matauco, para dar gracias a la Virgen por haber salido bien de una difícil operación quirúrgica. Le acompañan, haciendo el mismo sacrificio, su madre, doña Dolores Lecuona y don José Madinabeitia—nuestro cordial amigo e infatigable colaborador—acompañado de su herma-

na doña Eugenia Madinabeitia.—Viene a dar gracias y ofrece una Misa por su curación. doña Zoila López.—Don José María Izal y su recién esposa, doña Juanita de Villaba, con residencia en Huarte (Pamplona), vienen en viaje de novios a ponerse bajo la protección de la Virgen de Estibaliz.—Doña Ana María Pz. Asarta, de Salvatierra, viene descalza en cumplimiento de un voto.—También encargan Misas de acción de gracias: don Higinio Eguinoa y Cristina Iturrospe, de Ozaeta; doña Marcelina Subirana, del pueblo de Maturana; don José Ignacio, de Betoño; doña María Concepción, de Ullívarri Gamboa.

Ha sido ofrecido a la Santísima Virgen, en acción de gracias, el niño José Errasti, quien a consecuencia de un fuerte parálisis infantil tuvo que ser sometido a una intervención médica. Encomendado por sus padres a la Virgen de Estibaliz quedó curado. Es natural de Hérmua y sobrino de nuestra Propagandista, la señorita Albina Errasti.

EL NUEVO ANTIFONARIO MONASTICO.—Desde el día 15 de agosto, festividad de la Asunción de la Santísima Virgen, resuenan en nuestra iglesia las melodías del nuevo Antifonario Monástico. Hasta llegar a dominar las numerosas y ricas variantes introducidas en las Antifonas, Responsorios, Himnos y Salmos, etc., y percibir la tradicional y auténtica melodía, modalidad y ritmo a que han sido restituidos estos cantos, la Comunidad se ha impuesto el trabajo de realizar todos los ensayos previos para una buena y artística ejecución.

INAUGURACION DE LA VISITA DOMICILIARIA EN AZUA Y GAMARRA MAYOR.—El día 23 de octubre se inauguró en Gamarra Mayor con toda solemnidad, la Visita Domiciliaria. El pueblo acudió en masa a este acto que fué precedido por las Vísperas cantadas, el Santo Rosario y Exposición de su divina Majestad. A continuación el Padre Julián Ruiz, O. S. B., les dirigió breves palabras para felicitarles por su ejemplaridad en recibir todos los meses en

sus hogares a la Virgen de Estibaliz y les exhortó a que acudan a Ella con toda confianza en todas las necesidades de la vida.

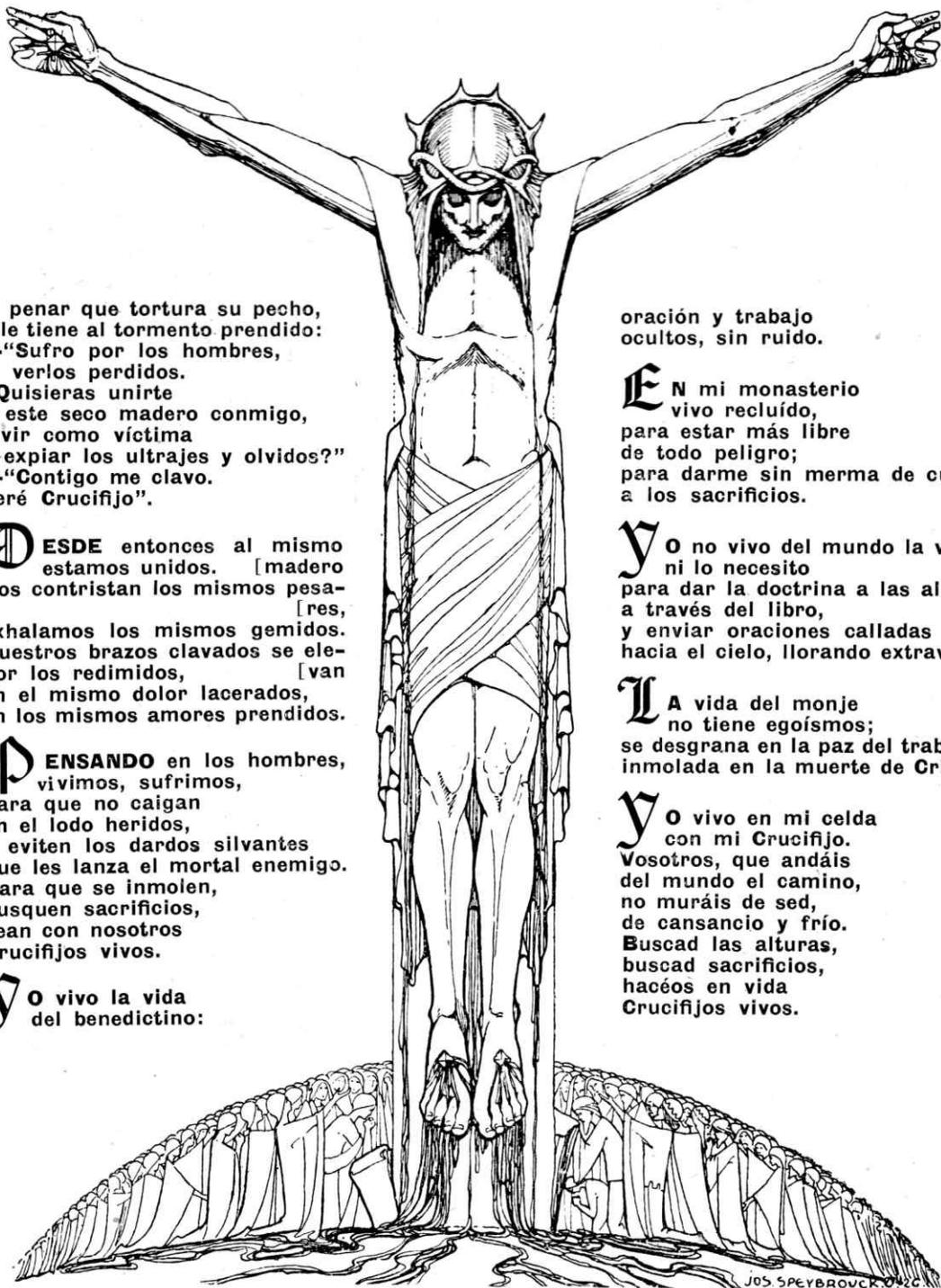
Suponemos que los actos celebrados en Azúa, habrán sido no menos esplendurosos.

BENDICION DE NINOS.—Han sido presentados por sus padres y familiares a la Santísima Virgen y recibido las acostumbradas bendiciones, los niños:

Jesús María del Val Ugarte, natural de Vitoria, hijo de nuestro amigo y colaborador don Venancio y de doña María del Carmen. Dió la bendición el Rvdo. don Félix Ruiz Escudero, Párroco de Viña del Mar (Chile); Angelito Izaguirre Erostarbe, residente en Aberásturi, hijo de don Angel y doña Elvira; Valentín Mz. de Mendijur Viteri, natural de Adana, hijo de don Mariano y doña Gregoria; Máximo Fz. de Gamarra Pérez de Arenaza, natural de Junguitu, hijo de don Eulogio y doña Juana; María Pilar y María Cristina, naturales de Ozaeta, hijas de don Higinio y doña Cristina; María Angeles Landa Mesanza, natural de Ali, hija de don Vicente y doña Esperanza; Antonio y María Pilar Armentia Landa, naturales de Ali, hijos de don Alberto y doña Margarita; José Luis Armentia Armentia, natural de Ali, hijo de don Pedro y doña Ramona. JULIAN RUIZ, O. S. B.



Enrique López de Armentia y Beitia, que falleció en Matauco a los 17 años de edad, el 27 de octubre.



el penar que tortura su pecho,
y le tiene al tormento prendido:

--"Sufro por los hombres,
al verlos perdidos.
¿Quisieras unirte
a este seco madero conmigo,
vivir como víctima
y expiar los ultrajes y olvidos?"
--"Contigo me clavo.
Seré Crucifijo".

DESDE entonces al mismo
estamos unidos. [madero
Nos contristan los mismos pesa-
[res,
exhalamos los mismos gemidos.
Nuestros brazos clavados se ele-
por los redimidos, [van
en el mismo dolor lacerados,
en los mismos amores prendidos.

PENSANDO en los hombres,
vivimos, sufrimos,
para que no caigan
en el lodo heridos,
y eviten los dardos silvantes
que les lanza el mortal enemigo.
Para que se inmolen,
busquen sacrificios,
sean con nosotros
Crucifijos vivos.

yo vivo la vida
del benedictino:

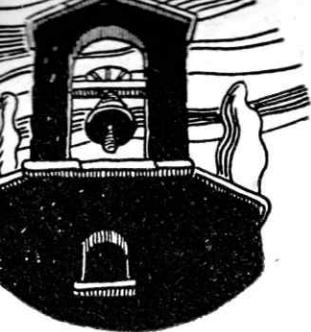
oración y trabajo
ocultos, sin ruido.

EN mi monasterio
vivo recluido,
para estar más libre
de todo peligro;
para darme sin merma de cu
a los sacrificios.

yo no vivo del mundo la v
ni lo necesito
para dar la doctrina a las al
a través del libro,
y enviar oraciones calladas
hacia el cielo, llorando extrav

LA vida del monje
no tiene egoísmos;
se desgrana en la paz del trab
inmolada en la muerte de Cri

yo vivo en mi celda
con mi Crucifijo.
Vosotros, que andáis
del mundo el camino,
no muráis de sed,
de cansancio y frío.
Buscad las alturas,
buscad sacrificios,
hacéos en vida
Crucifijos vivos.



¡Y yo estaré muerto!



OBLAN las campanas con son funerario,
Doblan las campanas en el campanario;
Quizás pronto doblen con triste concierto...
¡Y yo estaré muerto!

Quando por mí doblen, quizás en un día
De sol esplendente, de paz y alegría,
Irá el hortelano cantando a su huerto...
¡Y yo estaré muerto!

Irá el caminante por bosques de pinos,
Por largas veredas, por largos caminos,
Verá el navegante de lejos el puerto...
¡Y yo estaré muerto!

Bullirá la gente por plazas y calles,
Volarán las aves por montes y valles,
Correrá el arroyo de flores cubierto...
¡Y yo estaré muerto!

Irán los soldados, irán a la guerra,
Y los misioneros cruzando la tierra,
Y las caravanas cruzando el desierto...
¡Y yo estaré muerto!

Quando por mí doblen con son funerario,
Quando por mí doblen en el campanario;
Si al abrir la fosa hallo el cielo abierto...
¡Yo no estaré muerto!

JULIO ALARCON, S. J.

